desde los cimientos esta sociedad monstruosa, en la cual un número pequeño de vencedores á quienes está reservado todos los goces que proporciona la riqueza, el arte, la ciencia, la libertad; todos los bienes de la civilización que ennoblecen y hacen amar la vida, se eleva sobre una enorme multitud obscura de vencidos, sin seguridad, sin bienestar, sin cultura, casi relegada á la obscuridad, y sin esperanza como si fuera una raza inferior. Todo lo que queda del pasado no tiene más que una apariencia de vida; ya se ven, bajo la esplendorosa celada del privilegio (que se defiende retrocediendo y amenazando), errar las miradas del moribundo; ya reina en el campo enemigo la confusión y el terror. Todavía un año y podremos decir: Este siglo será nuestro. La ola inmensa de una nueva humanidad se alza teñida de púrpura por la aurora de un nuevo sol, bajo el cual el trabajo será una bendición, no una pena, la justicia una realidad, no un fantasma, la libertad un bien de todos, no una ventaja de algunos, y la igualdad una verdad, no una irrisión, y todo

pueblo una gran familia, no un montón de salvajes con traje de hombres civilizados, devorados por la ambición y por el odio, que les arrastran á devorarse entre sí. Surge, ¡oh, nueva aurora de fraternidad y de paz! Y apresúrate á morir, viejo siglo ensangrentado, cargado de dolores y de delitos. No te lanzamos nosotros el anatema, sin embargo; puesto que en tí surgió nuestra esperanza y en tí se animaron nuestras legiones y tú lanzaste los primeros golpes contra los cimientos de la formidable Bastilla del pasado. Muere. Con tu muerte vuelve á comenzar el mundo.

Un pesimista

Día de año nuevo. Hoy la humanidad se embriaga con felicitaciones calurosas y con hermosas palabras de esperanza. Como si el año que viene no trajera tras de sí, lo mismo que otros, su maldito cortejo de delitos, de horrores, de desventuras y de vergüenzas! Necios, no sabéis que, con pequeñas equivocaciones se podría escribir desde ahora

en los registros estadísticos el número de los asesinos y de los suicidas, de las locuras y de las bancarrotas y de todo género de calamidades que hayan de ocurrir de la Circuncisión á San Silvestre? O creéis que por haber quitado de la pared el calendario viejo para colgar en su lugar el nuevo, van á cesar las inundaciones de los ríos, los estragos de las enfermadades, los choques de los trenes y las guerras asoladoras y sangrientas?—*Un paso adelante en la civilización.* Así llamáis al año. Ilusiones! Es mejor el hombre en 1900 que lo fué en 1800? Menos ávido de dinero, menos inclinado á la prepotencia con los débiles y á la vileza con los poderosos, menos mudable, menos supersticioso, menos egoísta, menos falso, menos ladrón? No. Pues entonces todo lo demás es pura vanidad. Vuestras maravillas mecánicas no son más que paquetes ingeniosos, vuestras reformas legislativas cambios de palabras, vuestras nuevas instituciones, arquitecturas de papel. Vete con Dios, mentiroso y criminal novecientos: recíbante con alegría los niños á quienes traes

juguetes y los tontos que el día de año nuevo se estralimitan para verte de color de rosa. Yo no cometo la bajeza de darte la bien venida.

Un soldado de centinela

Dan las doce de la noche. Mal comienzo yo el nuevo año, en esta caseta de madera, abierta por la parte donde debería estar más cerrada, solo como un muerto enterrado de pie, aterido de frío, con este fusil entre las manos que parece un bastón de hielo. Veo allá arriba todavía iluminadas las ventanas, gentes que dan principio al año nuevo, sentados á la mesa, bien calientes y comiendo bocados esquisitos. Hace poco, pasó un grupo de jóvenes y de muchachas que salían de la fonda demasiado alegres, y que al pasar me gritaron: —¡Feliz año, salvador de la patria!—Será un buen año, no me cabe duda, porque es el año en que cumplo y volveré á mi pueblo, á mi casa, después de tanto tiempo de estar tan lejos.—Una de las muchachas tenía una voz... que me pareció la de mi Rosalía. Ro-

salía estará durmiendo á estas horas con un brazo debajo de la cabeza, y con aquellos hermosos cabellos negros rodeando su cuello, como el día que la encontré dormida á la sombra de las higueras, y se despertó de repente, gritando:—*Oh, madre del alma!* —poniéndose encendida como la grana. Oh, querida Rosalía mía, con sus divinos ojos negros, oh, pueblo adorado, con aquel mar tan azul, y aquel aire tan perfumado y delicioso! También aquí estoy en la patria, pero es la patria de la nieve y de las brumas, y yo he nacido bajo aquel cielo límpido; y para mí, donde quiera que esté, como no sea allí, me parece un destierro. ¡Todavía seis meses! Cuántas carreras me quedan todavía por la plaza de armas, paseos militares, maniobras, revistas y servicios de guardia, de rancho, de limpieza y tragos amargos que pasar! Aquí viene otra alegre comparsa.—¡Buen año, centinela!—Si Dios quiere. Feliz año, burgueses!

Un cura

Yo te saludo, Año Nuevo, porta-estandarte

del siglo bendito, en que resurgirá dominadora del mundo, espléndida de nueva vida, la Iglesia. Ya las señales anunciadoras del porvenir aparecen por todas partes; los previsores acuden ya á nosotros á millares; el ejército de los fieles se ordena y acampa; la ciencia despreciada, amedrentada por el desdén creciente de los engañados, en vano balbucea sus lisonjas postreras; la Revolución devora sus propios hijos y se lacera el seno con sus mismas garras; libres sus ojos de las fatales vendas, las multitudes los vuelven á la luz divina, y saludan al Vicario de Dios, que permanece sobre tanta ruina, como único rey, único padre, única salvación, única fuente de verdad, de amor y de paz. Avanza, Año Nuevo, empuñando la cruz y el rayo, y desencadena el huracán sobre la última secta demente que nos disputa el umbral del nuevo siglo, dispersa las últimas nubes de la impiedad y del error, tras de las cuales irradiará Cristo, triunfador supremo y eterno... Esto sucederá. Hoy, entretanto, vendrán á comer don Marzio y don Juan, y tendremos un día

alegre, si éste quiere contenerse dentro de ciertos límites de mayor dignidad que el año pasado. Tampoco Elena lo puede aguantar. Y se puede ser un santo; pero indigna aquella rustiquez de gañán y aquella voracidad de bestia. Si me librara de él en el nuevo año, de este desdoro ambulante de la parroquia, de esta ofensa encarnada á la santa Causa!... *Amén.*

Un viejo mendigo

¡Año nuevo! ¿Tendré la misma suerte que el año pasado? Un señor borracho, al salir de un restaurant, me dió medio duro. Pero tejas como esta no le caen á uno encima sino cada diez años. Espero poco del 1900. Esto va cada vez peor. Estos tranvías que se apoderan de la moneda pequeña de la gente, estos periódicos que siempre están airando á la policía contra nosotros, y estas cocinas económicas y casas de beneficencia y sociedades contra la mendicidad, hacen cada día desesperado el oficio. Con tal de que este año no inventen alguna otra diablura! Ah

qué largo es para nosotros el año. Antes de que concluya este, con cuántas puertas que me darán en las narices, cuántas impertinencias de porteros no tendré que soportar, cuántos: — Vete á trabajar! — de vagos, y cuántas caras veré pasar de esas que pasan y ni siquiera se vuelven! Y primero el frío y luego la lluvia y después el caerse vivo y más tarde vuelta á la lluvia y al frío... y los corazones duros en todas las estaciones. Dichosas las mujeres que pueden ir y venir con peleles en los brazos. Si al menos el año nuevo me trajese uno de esos males vistosos que dan poca molestia y producen mucha compasión, como aquella hermosa hermana que tiene Carlos Andrés, que saca los cuartos de los bolsillos! Mas yo no nací con buena estrella... Y sin embargo, creo que no pido gran cosa al año nuevo!

Un padre

Muerto! Muerto cuando sólo había vivido un año, pobre Julio, muerto á la vez que el año en que había nacido, cuando empezaba

á echar el paso y á hablar, caído en la fosa á los primeros pasos, mudo para siempre, sin haber pronunciado más que dos palabras de la lengua humana: el nombre de su padre y el de su madre! Se ha ido el año viejo, matándome á mi criatura, y principió el nuevo arrebatándomela. Y en todo el día mientras yo sollozo sobre el cadáver, caerán sobre mi cabeza las burlas atroces de la vida: tarjetas, cartas de felicitación de parientes y amigos lejanos, visitas de gentes que no lo saben y que se presentarán sonriendo; y llamará á la puerta el mandadero con el paquete de dulces que la tía le había prometido y que yo colocaré entre sus manecitas inmóviles y frías; y cuando más tarde salga para dar órdenes y arreglar el entiero, encontraré por la calle quien me diga alegremente:—Feliz año nuevo!—Deseadme un rayo que me convierta en ceniza ó un derrame que apague mi razón; y cuando os anuncie la desgracia, no me compadezcáis poniendo un semblante lastimoso en que se transparente seguramente el pensamiento gozoso de vuestras fiestas domés-

ticas. No quiero piedad, estoy lleno de odio, abomino el mundo y la vida, quisiera que la fosa de mi hijo se ensanchara y se ahondase en una fosa enorme que tragase con su caja á la ciudad riente y siniestra que insulta mi dolor. Año mil novecientos, año de muerte y desesperación, maldito seas!

Un pequeño señor de pueblo

Finalmente! Llegó el año suspirado, el año de mi «golpe de teatro». Una invención esquisita, como dice el *Barbero de Sevilla*. Nadie de mi pueblo sospecha que voy royendo desde hace cinco años mi presupuesto para ir á la Exposición de París, y no hay el menor indicio por ahora de que ningún otro sueñe con semejante empresa. Cuando se sepa será un golpe extraordinario. No tendrán más remedio que reconocer que pueden también brotar grandes ideas en este caletre. Yo solo iré allí, y yo solo veré las mil maravillas del *caput mundi*, y yo solo, á la vuelta, podré hablar como desde la cátedra, en el café, en el Círculo, en la botica, en todas partes donde se amon-

tonan estos renacuajos inflados de ambición y de orgullo, que no me consideran digno de sentarme sobre los escaños de su Ayuntamiento. Yo seré el oráculo interrogado por todos, la fuente de información, el representante intelectual de la civilización en el Concejo, el repatriado, el hombre de París en suma. Suscitaré muchas envidias y fermentarán los odios contra mí; pero, también, aplastaré más de un orgullo y gustaré el placer de diversas venganzas. Y la aureola parisien adornará mi frente por toda la vida. Bien venido, oh mil novecientos, año de mi gloria: yo te espero con la bolsa en la mano y con

el proceloso y temeroso
gozo de un gran designio

en el fondo del corazón. Entre tanto por cada *feliz año nuevo* que me den, responderé con una misteriosa sonrisa que será para los felicitantes como el primer relámpago de mi victoria, y les dejará pensativos y turbados. Feliz año, pobre gente, y hasta que nos veamos... en Filippi.

Un preso

Tres... cuatro... seis golpes en la pared. He comprendido: — *Buen principio.* — No será mejor que el tuyo, camarada. Precisamente un día primero de año como este, fué cuando me perdí y me parece un sueño. Los amigos, la botella, una mala palabra, un momento de vértigo, y una cuchillada: un instante, y aquí estoy, arruinado para toda la vida. Otro año que comienza, otros doce meses de suplicio de pensar siempre, de esperar por la noche y por la mañana, la visita y el rancho, horas y horas, sin otra distracción que el silbato del vapor, el sonido lejano de las campanas y cuatro palmos de cielo, rayado de negro por las barras de la reja, que parece también un cielo encarcelado. Cómo resistiré este otro año sin despedazarme la cabeza contra la pared, ó sin volverme loco? Toda la ciudad está hoy de fiesta, y yo pasaré el día solo, con la cabeza entre las manos, más triste, más desesperado que nunca. Otros muchos, podrán ver al menos por entre los hierros á su mu-

jer y á sus hijos. Pero, mi mujer, no vendrá; ya hace dos meses que no parece por aquí. Ah, ya me ha olvidado, y quizá..! quizá... celebre la fiesta con algún otro!—*Tac, tac, tac,*—me olvidaba de contestarte. Ahora, ahora. He aquí la única comunicación que tengo hoy con el mundo, hoy que los parientes y los amigos se reunen y comen juntos, en familia, en la casa llena de alegría. Mi familia es un jergón, una escudilla y un jarro; mi comida setecientos cincuenta gramos de pan negro y de menestra rancia; mi casa, una tumba.—*Tac! tac! tac!*—Ah, sí, gracias, tanto como el otro, cien de estos días, camarada.

Un capitán de infantería

Este debería ser el año de mi ascenso, sino se mete en medio mi mala sombra. Veámoslo. Ven una vez más, fiel y arrugado *Anuario,* libro del Destino, objeto de tan prolijos estudios y de tan grande amor, que no puede compararse en nada ni con la *Divina Comedia,* ni con la *Eneida.* Tengo toda-

vía delante veintiséis y les conozco á casi todos. Tres han sido «saltados» por dos veces, y morirán con la gorra de tres galones. Cuatro llegarán en el primer trimestre á la edad legal é irán á «situación de reserva». Este otro herido por una aguda diabetis, no llegará ni á la primavera. El que le sigue, un artillero quebrado, tiene el sello de la Academia... lo harán. Y también harán á los otros cinco, que para mi son... supongamos lo peor. Quedará fuera el décimo que por dos veces ha podido escapar al Consejo de disciplina por deudas, pero que no se escapará en este invierno, porque es la estación en que él hace sus locuras más peligrosas. Quedan nada más que diez y siete. Y luego, quien sabe lo que puede ocurrir; de cincuenta años para arriba la vida está agarrada por un hilo. Estaría bueno que no hicieran siquiera tres medias docenas de jefes en un año! Sí, será éste. Oh, sí, tu serás, año nuevo, quien me traiga el cuadrúpedo, las dos raciones de forraje, un ordenanza legal y otro tolerado, las mil doscientas de aumento, el quitarme

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de impertinencias administrativas, y los largos descansos, y la santa paz y todas las suspiradas dulzuras del canonicato militar. Sí, oh 1900; veo en estos dos ceros, que vuelven después de los noventa y nueve años de fecha, dos grandes ojos benignos que me dicen:—Puedes encargar al sastre la gorra nueva de cuartel...

Un chiquillo

Mañana es primer día del año. Ah, mañana será para mí un día muy malo! Como el año pasado mi nueva madre comprará caballos y soldados para mi hermanito pequeño, y para mí, nada, y me golpeará si llego á tocar sus cosas. Y por qué no me compra nada mi padre, que antes era tan bueno para mí? Y por qué cuando me zurran, vuelve la cabeza y no dice nada? Por qué ella me quiere tan mal y él parece que no me quiere ya nada, como si fuera yo feo y malo, y no tuviesen interés en mantenerme? Qué le he hecho á ella? Qué le he hecho á él... No lo entiendo. Ah, mañana

será para mi un día bien triste. Qué desgraciado soy! Por qué al morir no me llevaste contigo, pobre madre mía? Por qué no me quitaste de esta casa donde casi me avergüenzo de comer, y tiemblo cuando me mancho la ropa como si me vistieran de caridad?... Están dando las tres. Todavía es pronto. Puedo seguir durmiendo todavía dos horas antes que sea la hora de levantarme á sacar agua y á encender la lumbre para el desayuno de mi hermano pequeño. Durmamos pues! Al menos cuando duermo no pienso. ¡Qué contento estaría si no me despertara más, si no viera el año nuevo!

Un campesino propietario

Feliz año nuevo!—dicen todos. Y por qué no? Se ven cosas tan extraordinarias en este mundo, que hasta pudiera ocurrir esta. Si en este invierno no me mata el ganado cualquiera epidemia, si el frío fuerte no me arruina los árboles frutales, y las heladas no me queman el viñedo...; si las lluvias de primavera no me pudren el heno, ó alguna

nube de verano no me tumba las mieses el día antes de la siega, y si en otoño puedo recojer el arroz á su debido tiempo...; si la sequía no me hace gastar mucho en el sostenimiento del ganado; si los insectos no me comen la raíz de las mielgas, y los gusanos no atacan los frígoles y las patatas, y los gusanos de seda no se me mueren en los zarzos precisamente en el momento de fabricar sus capullos, y el viento no me arrebata el azufre de las uvas...; si cuando más lo necesite no se me acaba el dinero como el año pasado, ó si teniendo dinero no me faltan los brazos, como hace tres años; si los ladrones no abusaran con exceso, y si cualquier malvado no me corta las vides ó prende fuego á los pajares, y si Dios todopoderoso me concediera la salud... ¿y por qué no? podría ocurrir muy bien que este año fuera un buen año. ¡Buen año, por consiguiente, queridos vecinos, feliz año!

Un conservador enfermo

Año nuevo! Año nuevo!—gritan á mi alrededor los tontos, frotándose las manos.

Y bien? Sí, un nuevo año, que hará subir otro poco la marea malsana que ya nos ahoga, que llevará á la Cámara y á la Administración pública otra oleada de gente maleante y multiplicará los casos de peste demagógica, socialista, anarquista, satánica en el pueblo bajo y en la chusma de la burguesía inferior, más insensata y más malvada que el pueblo bajo. Regocijáos, sí, un nuevo año, en el cual los gobiernos disipados aflojarán todavía más el freno á la canalla, y brotará un nuevo criadero de periodicuchos venenosos, y cada día se irá apagando una idea sana en los pocos cerebros en que aun subsisten, y se perderán hasta las últimas apariencias del respeto para todo lo que es respetable y sagrado. Qué se nos vendrá encima este año? Se desencadenará la ira de Dios en Sicilia ó en las Calabrias, ó el infierno en las Marcas ó en la Emilia, ó los terremotos en Nápoles ó en Milán, ó un poco de todo en cada parte y al mismo tiempo? Este novecientos se me presenta con una cara peor que la del noventa y ocho, y me parece verlo con una tea en

una mano y una bomba en la otra. Año nuevo! ¡Año nuevo! Que le festejen los locos, los descamisados y los bribones, los cuales todo tienen que esperarlo del tiempo, que se pone cada vez mejor para ellos, se comprende; pero que le sonría la gente de bien, que tiene la cabeza sobre los hombros y un techo sobre la cabeza es una cosa que da rabia y compasión. Oh pobre *terra cœcorum!* Sí, sí, año nuevo. Será una hermosura de año, ya lo veréis...

Un viejo operario

Mala jornada. Veremos hoy los escaparates llenos de tentaciones, salir gente de las tiendas con las manos llenas de cosas suculentas, celebrar los capones en los patios de las casas, y mis pobres hijos encontrarán por las escaleras señoras y criadas con brazadas de juguetes, y yo no tengo ni una maldita peseta para comprar un caballito de cartón, y para poner en la mesa un medio kilo de bollos. Para qué ponen delante de las narices de tanta pobre gente

todas aquellas cosas, sabiendo que no puede comprarlas y que no va ganando más que malos pensamientos? Hermosa caridad cristiana! Y por qué pueden comprarlas tantos que no hacen nada, y en cambio otros muchos que viven agobiados por el trabajo todos los días del año tienen que privarse en absoluto de ellas? Explicadme esto, de modo que yo pueda comprenderlo. Ahora nos vienen con la cantilena de que la cosa cambiará, y que *comienza la aurora*, y *que cada cual* tendrá *según la obra que haga*, y que sé yo que más cosas. Si, hace ya bastante tiempo que lo vienen diciendo; pero la *aurora brilla* todos los días, y siempre estamos lo mismo, que el que tiene se lo guarda, y quien no tiene traga saliva amarga, como hago yo. Será para el *año dos mil*, como he oído decir que se ha impreso. Ah, no; la barraca está demasiado bien agarrada al suelo y no creo que tiene trazas de quererse derrumbar de un año para otro. Oh, que hermoso día de año nuevo voy á pasar yo, con este poco de bazofia que yo mismo me fabrico! Oh, vámonos á beber una copa

de aguardiente por ver si el año nuevo me parece menos malo en la taberna que por la calle. Felicidades, señores patronos!

Un especulador

Buenas entradas y salidas de año! Y son entusiastas boerófilos los que me felicitan, raza sospechosa de poetas de la política, que el diablo se lleve. De seguro sería un buen año, con ese renacimiento económico que se anunciaba en todo el país, y que hubiera abierto una «era espléndida» para nuestros mercados, si no hubiera estallado allá abajo en el infierno esa guerra devastadora, que todo lo arruina. Nos auguran un buen año á mí y al señor Krüger como si fuésemos la misma cosa, como si mi bolsa no se resintiera con cualquier traspiés que den los ingleses, que eleva el descuento del Banco de Inglaterra, al cual siguen todos los demás Bancos de Europa, produciendo una escasez de dinero, que no deja levantar cabeza á ninguna clase de valores, y paraliza los negocios. La independencia! El de-

recho! La zarpa británica! Ah, quisiera veros si os tocaran al bolsillo, con cuanta alegría festejabáis á las repúblicas y al nuevo año. Buen año! Buen año! Y esperando que el horizonte se despeje, será preciso mantener bajas las alas y renunciar á toda «empresa brillante» contentándome con aprovechar la «situación» para emplear el dinero á corto plazo, en descuentos y en... tímidamente, como un novato de la especulación. Qué le vamos á hacer: esperemos á que una vez cubiertas las exigencias de fin de año, se ponga el mercado monetario algo más fácil y elástico, que podamos respirar al menos. No puedo, entre tanto, comprar en este día de año nuevo los dos «solitarios» que he prometido á Nina, y tendrá que ver el hocico que ponga. Para mí el año novecientos se presenta como el año de la hociquería. Malditos los tales boers orgullosos y testarudos, que me rompen los huevos en el cesto con su manoseado heroísmo. Porque falta todavía ver quien será el último que ría: *Rule, Britannia!*

UN ESCRITOR...

Ven sin temor, oh mil novecientos. Yo te miro como se mira al caminante desconocido que pasa sin despertar en nosotros curiosidad alguna por saber quién es, de dónde viene y á dónde va. Nada espero, nada temo de tí; no tengo deseo alguno que significarte... Tu primavera será para mí fría como tu invierno, tu estío gris y melancólico como tu otoño. Ni tu, ni tus hermanos que han de seguirte, tendréis fuerza para detener el abrazo desesperado con que mi alma abraza el adorado sepulcro. Tu podrás regalarme alguno de aquellos que yo llamaba un tiempo goces de la vida; pero les arrojarás á mis pies y no les recogeré. Tu podrás examinar con la punta de tu hoz, si aun me queda algún lado débil de ambición, de orgullo ó de esperanza, de donde sacarme, al herir, lágrimas ó sangre; pero oirás por todas partes resonar el acero de una armadura impenetrable. Tu podrás surcarme de arrugas la frente, y torcerme los nervios, postrarme las fuerzas; pero no

me arrancarás ni un suspiro de dolor. Tu podrás hacer que cualquiera de tus horas me diga:—Yo soy aquélla; despídete—y de mis labios no saldrá más que una sola respuesta:—Bien venido seas.—Y ahora vete; promete, atormenta, consuela, siembra y construye, mata y fecunda, transforma y destruye. Millones de hombres, en este día, invocando de tí gracias y fortunas, levantan las copas. Yo invierto la mía.